

El interés de su obra y de esta perspectiva es obvio, y Sánchez Albornoz, en el mismo estudio antes citado, escribe: Castro «ha elegido un exacto punto de partida, del que todos debemos arrancar en adelante si queremos comprender y explicarnos la historia española» (página 232); y a la vez, subraya su coincidencia con otros métodos: «No puede dejar de ser tenida en cuenta... su insinuación de que es forzoso contemplar el avanzar histórico de los peninsulares desde el punto de mira de lo que Ortega llamaría la razón vital» (*ibidem*). Estos juicios no pueden sorprender en quien merecería de Menéndez Pidal que, refiriéndose a sus admirables «Estampas de la vida en León durante el siglo x», afirmase, en máximo elogio, que era «una obra de fino arte novelesco y de sólida ciencia histórica» (*Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia el 28 de febrero de 1926*, Madrid, 1926; página 215). Pues la literatura no sólo como fuente, sino aun como forma del riguroso conocimiento, es elemento que perfecciona a su cabal formulación.

Ciertamente que el esoterismo, en mentes livianas, conduce a gravísimos riesgos, pero el propósito de Castro, según dice en la cita transcrita, no es desentrañar «misterios de ninguna clase, sino meras conexiones históricas». Un ejemplo es su nueva iluminación de la enigmática y comentadísima afirmación de que el alimento de Alonso Quijano en los sábados eran «duelos y quebrantos». La expresión en el habla del tiempo significaba el plato de huevos con torreznos. Ello era cosa sabida por los primeros traductores, y hoy justificada al cabo de las más desviadas e ingeniosas interpretaciones; pero la hipótesis de Castro se refiere a el porqué de la sinonimia, no al dato de la misma, y consiste en la verosímil conjetura (pues, en rigor, a menos que resucite un español coetáneo, no cabe pasar de verosimilitudes mayores o menores) de que la frase revele la vivencia de un «cristiano nuevo» (4), como también ocurre en tantos otros rasgos erasmistas de la pluma

(4) Sobre la larga y complicada historia de las interpretaciones de la expresión «duelos y quebrantos», véase la «Nueva edición crítica» del *Quijote*, por Rodríguez Marín, tomo I, Madrid, 1947, pp. 76/77, y tomo IX, Madrid, 1949, pp. 85 a 115, donde queda comprobada la sinonimia entre «duelos y quebrantos» y «huevos con torreznos». La nueva luz que Castro proyecta consiste en tener en cuenta la significativa tocinofobia que ha rastreado en tantos otros textos. Un curioso testimonio relativamente afín de semejantes tensiones, y que las confirma, aparece en la «Autobiografía» de Gertrudis Gómez de Avellaneda, quien escribía en 1839: «Decían que yo era atea, y la prueba que daban era que leía las obras de Rousseau, y que me habían visto comer con manteca un viernes» (en *La Avellaneda. Autobiografía y cartas*, por Lorenzo Cruz de Fuentes, Madrid, 2.^a edición, 1914, p. 72). Quiero señalar que la hipótesis de Castro, que me parece verosímil, lo es en mayor grado que la *única* otra hipótesis que conozco, la adelantada por Rodríguez Marín (por asociación y oposición a «La merced de Dios»; *Ibidem*, páginas 100-101), pues a pesar de que sobre los «duelos y quebrantos» cervantinos se han gastado toneles de tinta, lo han sido para precisar qué significa la expresión

de Cervantes, según desde Menéndez y Pelayo hasta Marcel Bataillon, se viene justificando (5).

Hacer historia, es decir, interpretar y revivir un testimonio, es tarea que envuelve mayores peligros cuando ofrece aparente claridad que cuando ocurre lo contrario, pues, en verdad, no hay peor anteojera y limitación que el pensar ingenuamente que es inequívoco lo que se nos enfrenta. Los textos diplomáticos o jurídicos, por ejemplo, por su aparente y deliberada precisión *parecen* claros, y en cambio, versos o novelas, por su notoria implicitud, resultan oscuros cuando se intenta penetrar más allá del sobrehaz, hacia las intenciones. Ahora bien, esta ambigüedad, al obligarnos a leer entre líneas, puede conducirnos a más hondas realidades. Si al hacer historia se pretende, como fuera debido, entender desde dentro las acciones pretéritas, sospecho que los testimonios literarios pueden llegar a ser el óptimo contraste para alcanzar el «querer decir», interior y tácito tras «lo dicho». Entender al sujeto de la historia, al *quien* o al *nosotros* del que se trate, no puede ser menos (y aun debe ser más) que compenetrarse con lo que se «quiso decir» en ese testimonio. Así, por ejemplo, en este caso cervantino que encuentro en Valera.

Don Juan Valera leyó el 25 de septiembre de 1864, y ante la Real Academia de la Lengua, un discurso «Sobre “el Quijote” y sobre las

mas nada para entender el porqué de su convencional significado, que es lo más interesante e importante, pues sólo ello nos lleva a la vivencia, más allá del abstracto y literal significado.

Un poeta y converso del siglo xv, Antonio Montoro, «ropero», es decir, sastre de oficio, se lamentaba de su inflexible destino, en estos versos, en los que al enumerar los duelos y quebrantos de su triste vida, resultan extrañamente ensartados torreznos y santiguamientos...

«Oh Ropero amargo, triste / que no sientes tu dolor!
Setenta años que naciste / y en todos siempre dixiste
Inviolata permansiste! / y nunca juré al Criador.
Hice el Credo y adorar, / ollas de tocino grueso,
Torreznos a medio asar, / oír misas y rezar,
Santiguar y persignar, / y nunca pude matar
Este rastro de confeso /
..... / Adorando a Dios y hombre
Por muy alto Señor mío, / por do mi culpa se escomb্রে
No pude perder el nombre / de viejo puto y judío.»

(Antonio Domínguez Ortiz: *La clase social de los conversos en Castilla en la Edad Moderna*, Madrid, 1955, p. 157).

(5) Véase el capítulo «El erasmismo de Cervantes» en la nueva edición, al comienzo aludida, del gran libro de MARCEL BATAILLON: *Erasmus y España*. Pero conviene reconocer que Menéndez y Pelayo fue—que yo sepa—el primero en destacarlo y, con más sentido histórico que quienes ingenuamente aproximaban a Cervantes al libre pensamiento del xix, señalar que la «filiación» de Cervantes procede de «la influencia latente pero siempre viva, de aquel grupo erasmista, libre, mordaz y agudo, que fue tan poderoso en España, y que arrastró a los mayores ingenios de la corte del Emperador» (en su discurso de 1905 sobre la «Cultura literaria de Cervantes», recogido en *Estudios de crítica literaria*, cuarta serie, Madrid, 1907, p. 15). Sorprende, tanto que quizá sea error de traducción, que Bataillon (obra y edición citada, p. 784) diga que «la pista del erasmismo. [fue] negligentemente indicada por Menéndez y Pelayo» cuando resulta tan taxativa como queda citado.

diferentes maneras de comentarlo y juzgarlo» (en *Obras completas*, volumen III, Madrid, 1958; 3.^a edición), muy conocido y... mal leído. El propio Castro, en su citado estudio de 1924, le achaca que, como otros críticos sesudos, «por miedo a escurrirse», considera que «en Cervantes no pasa nada. Es un hombre de su tiempo, piensa como todos y escribió una novela sumamente divertida»; Valera, concluye Castro, «se rió» de quienes no se resignaban a «esa vulgaridad de pensamiento en Cervantes» (p. 217). Pero esto se ha podido venir afirmando por dejarse llevar de las apariencias y no advertir la riqueza de ese discurso, que contiene penetrantes y entonces atrevidas afirmaciones, pero cuidadosamente enmascaradas por una constante mecedura en sus términos. Se afirma en él que «España—en tiempo de Cervantes—había hecho la causa de la religión su propia causa; había identificado su destino con el triunfo de nuestra santa fe... Este modo de nacionalizar el catolicismo tenía algo de gentilico y más aún de judaico: fue un error que vino a convertir, en España más que en parte alguna, a la religión en instrumento de la política; pero fue un error sublime, que si bien nos hizo singularmente aborrecedores y aborrecidos del extranjero y conspiró a nuestra decadencia, colocó a España, durante cerca de dos siglos, a la cabeza del mundo...» El vaivén del párrafo es patente, y, por cierto, se califica en él de judaico al catolicismo nacional español, lo que, predispuestos por la insistencia de Castro en la importancia de la simbiosis de las tres religiones—cristiana, mahometana y mosaica—para nuestro destino, es fácil observar que fue reconocido una y otra vez por los conocedores de nuestra historia.

Mas para advertir lo que tienen de excipiente—como los fármacos—las insistentes cantilenas que brotan en la prosa de Valera, su propia correspondencia nos ha franqueado la clave segura. En fecha poco anterior a ese discurso, escribía Valera a su sobrino Salvador Valera: «Tú sabes de filosofía, pero tienes cierta candidez primitiva que debes ir perdiendo. Yo creo que los artículos más *impíos* del tomo [se refiere Valera a sus *Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días*, entonces recién publicados] son los que te chocan por demasiado teológicos: los artículos contra Castelar. Todos aquellos misticismos y teologías no son más que para despojar a la religión católica de toda influencia en la civilización y en los destinos humanos positivos, reduciéndola a una cosa excelente para los que quieran irse al Cielo por el camino derecho. Esto es achicar la religión y convertirla en una inutilidad para todo lo grande, activo y enérgico de la vida de las naciones, del arte, de la política, de la ciencia y de la economía social. ¿Cómo quieres tú que en España, sin inutilizarme para todo y para siempre, hubiera yo podido decir tales cosas sin velarlas con

reticencia e ironía?» (Cirus De Coster: *Correspondencia de D. Juan Valera*, Madrid, 1956; p. 28). Pero la reticencia e ironías en toda su disertación sobre el *Quijote* son tales que rozan, al parecer, la burla para con el oyente, y por ello me sorprende que no hayan sido destacadas. Pues se pueden extraer del discurso numerosos pasajes, en los que con gran tino destaca juicios que revelan, en el pensamiento de Cervantes, una aguda capacidad crítica y reformista, pero a la vez los excusa con ineficaz cautela. Como en estos casos: reconoce que los textos de Cervantes son prueba «de la feroz anarquía y espantoso desorden de aquellos buenos tiempos» (p. 1079; observe el lector el «buenos» que ahí se cuele), pero agrega que «Cervantes no podía sospecharlo» (p. 1080); después de recordar que Don Quijote apostrofa «a los monjes benitos, aun después de afirmar ellos que lo eran: “Ya os conozco fementida canalla”, palabras con que Ariosto, con intento franco y deliberado, califica también a todos los frailes», prosigue: «Sin duda, Cervantes, *sin querer* (el subrayado es mío), censura a los vicios del clero...» (p. 1081); más adelante afirma Valera: «Bien persuadido estoy, pues no puede ser más claro, de que el capítulo LXIX de la segunda parte del *Quijote* contiene una parodia del modo de proceder la Inquisición y de los autos de fe. Pero ni Cervantes cayó en que aquello podía pasar por burla...» (p. 1082); y hacia el final de su oración, remata Valera: «Todo esto repito que lo sentía Cervantes, aunque no se lo explicaba. Si alguna oculta sabiduría hay en su libro, me parece que es esta sola» (p. 1086). En fin, que Valera se valía del ratimago de hacer pasar a Cervantes por tonto para él poder pasarse de listo. Pero toda esta hipocresía, y el citado párrafo de la carta de Valera a su sobrino lo declara, es una «heroica hipocresía» (por decirlo en los términos con que Ortega calificaba al caso de Cervantes, en *O. C.*, volumen I, p. 367) y, en suma, por ello la he recordado, buena prueba de que para hacer historia con la precisión debida es absolutamente indispensable osar y saber leer entre líneas, pues sólo así obtendremos el oportuno conocimiento *exacto*: en este caso, lo que, bajo las apariencias, en rigor, Valera «quería decir»; cuando hablaba en la Real Academia a sus notables colegas, entre los que, sin duda, algunos conocerían las reglas del juego.

Ahora bien, tanto lo que Valera «quería decir» como lo que, quizá sus oyentes «sobrentendían», no consta, explícito, en ningún tratado ni documento diplomático o administrativo, y, sin embargo, es precisamente en ese nivel de la vida como realidad radical en el que se apoya, transcurre y edifica el curso de las acciones y de las decisiones de los hombres. Por ello estimo que el «método» de Castro, el leer entre líneas en busca de supuestos, de convicciones que por sabidas se